

EL 2 DE OCTUBRE, PÁGINA DE UNA AGENDA AÚN VIGENTE

No. 0883- 32

4 de octubre de 1993

CULTURA

Enrique Semo

¡Alto, asesinos; así no se gobierna!

(Cartel de 1968.)

¿Tlatelolco? Pero si siempre ha sido un moridero.

(Francisca Avila de Contreras, de 80 años, entrevistada por Elena Poniatowska.)

Los asesinatos del 2 de octubre fueron cometidos para preservar los símbolos de un Estado que se rige no por las leyes sino por los mitos intocables de la autoridad. La legislación mexicana garantiza los derechos civiles, pero su sistema político vive con un pie en ella y otro en la ilegalidad. En México quien más viola la ley es el Estado, y la herencia colonial más persistente es el precepto: "se obedece, pero no se cumple". Por eso frecuentemente los ciudadanos tienen que rebelarse para garantizar la vigencia de una ley que ha sido abandonada por su supuesto guardián. En 1968 eran los derechos de expresión y manifestación; hoy es el respeto al voto.

La matanza de Tlatelolco no fue un momento aislado sino un episodio más, extraordinariamente sangriento, de una cadena de represiones que se extendió a lo largo de la década de los sesenta y la primera mitad de la siguiente. En ese período de relativa bonanza económica, lo que provocaba la violencia oficial no eran las demandas sociales -generalmente bastante moderadas- sino la pretensión de hacer uso de los derechos de asociación y manifestación al margen de las organizaciones y partidos tolerados. Hoy, los espacios se han ampliado, pero la exigencia de respeto al voto provoca reacciones similares. Testigos mudos son los 160 muertos del Partido de la Revolución Democrática, la persecución de obreros huelguistas y campesinos que protestan, el hostigamiento a políticos de la oposición. Por eso 1968 no es aún pasado sino la hoja de una agenda todavía actual.

El libro-testimonio de Elena Poniatowska *La Noche de Tlatelolco* es un clásico, porque capta como ningún otro el ambiente amenazador en el cual se movieron los estudiantes durante los cinco meses del movimiento. Los participantes más experimentados preveían la represión. En todas las entrevistas hechas a dirigentes y activistas desde el mes de julio, impresiona la certidumbre -derivada del ambiente y experiencias anteriores- de la probabilidad, la inminencia, casi la inevitabilidad de la represión generalizada. "Desde un principio tuvimos una conciencia más o menos clara de lo que iba a suceder.

La represión, las detenciones masivas, las macanizas no se hicieron esperar" (Luis González de Alba). "Al marchar por las calles como lo hicimos, en cierta forma vengábamos a todos los estudiantes de provincia que fueron reprimidos antes que nos tocara a nosotros; a los estudiantes de Puebla, de Tabasco, de Chihuahua, de Sinaloa, de Guerrero, de Sonora y, en cierto modo, los atropellos cometidos en Morelia, en Hermosillo, en Monterrey" (Ernesto Hernández, de la Escuela de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México). "La represión abierta, total, no es probable ni posible antes del 1 de septiembre... Pero sí es probable una represión indirecta, un 'terror blanco'... a fin de crear una insostenible situación de desorden, inseguridad y caos que justificará al presidente para pedir el 1 de septiembre facultades extraordinarias. Así, el 1 de septiembre por la tarde, apenas terminará el informe, "la Universidad, el Politécnico, Chapingo y las normales serán ocupadas legalmente por el ejército", apuntaba el 22 de agosto José Revueltas.

Surgido para combatir la represión, el movimiento se sabía reprimible, pero nadie imaginó la magnitud que podía adquirir: "preveíamos los cocolazos, las detenciones masivas, estábamos preparados para la cárcel; bueno, más o menos; pero no previmos la muerte" (Gilberto Guevara Niebla).

El movimiento estudiantil fue muy heterogéneo. Probablemente sea cierto que al principio, en las huelgas de la Universidad Iberoamericana, del Tecnológico y de El Colegio de México, hubo más rebelión contra la autoridad familiar y académica que oposición al Estado. No hay duda de que, en los primeros días, la mayoría de los estudiantes del Politécnico sólo querían lograr las seis demandas. Pero también es verdad que desde el principio estuvieron presentes muchos veteranos de los movimientos estudiantiles que desde 1962 venían sacudiendo ininterrumpidamente al país y que varias facultades estaban ya muy politizadas. Tres meses antes del estallido, los estudiantes que participaban en la "Marcha de la Libertad" en el centro de la República habían sido dispersados por el ejército, y en Ciencias Políticas y en Economía -en las cuales yo enseñaba- había ya importantes movimientos políticos. Pero indudablemente que, luego, el movimiento, el Comité Nacional de Huelga (CNH), las asambleas y sobre todo las brigadas se convirtieron en una inmensa escuela política que había de marcar indeleblemente a una generación.

La represión y la intransigencia del gobierno fueron terreno fértil para la prédica de la izquierda. A medida que la represión aumentaba, la fiesta se transformaba en resolución sombría. "Los acontecimientos de julio nos han enseñado más que todo lo que pudiéramos haber aprendido en las aulas", decía la respuesta del CNH al informe de Díaz Ordaz del 1 de septiembre, en el cual les había dedicado todo un apartado. Y el contrapunteo entre el "teórico" y el "práctico", del cuento de Moisés y

Daniel Olivares (Hoy Maestro: Ayer Joven del 68), es seguramente un retrato fiel de la difusión acelerada de la nueva conciencia política que tanto influiría en la vida del país en los siguientes años.

El primer estudio importante sobre el movimiento fue terminado en febrero de 1969, cuando todavía resonaban los ecos de la Noche de Tlatelolco, y su autor fue el ya desaparecido Ramón Ramírez Gómez, profesor comunista de la Escuela de Economía y fundador del Seminario de El Capital. Los dos tomos de El Movimiento Estudiantil de México; Julio-Diciembre de 1968, cuentan, además de una parte analítica, con una amplia cronología y una recopilación de documentos que los transformaron rápidamente en una importante fuente de información. De la lectura de desplegados, manifiestos y cartas públicas, del discurso atropellado de un movimiento en proceso de definición, se desprenden los perfiles políticos del momento.

Todos coincidimos en que el de 1968 fue un movimiento por la democracia. ¿Pero qué tipo de democracia? ¿Una democracia liberal o una democracia revolucionaria, como la de la revolución francesa? Uno de los rasgos del discurso de los estudiantes es la debilidad de los reclamos electorales y parlamentarios. No pidieron el voto desde los 18 años (que fue otorgado más adelante sin efectos visibles) ni exigieron insistentemente el respeto al voto. Nadie pensó en la confluencia del movimiento con un partido político determinado. Tampoco se les ocurrió dirigirse a los partidos registrados ni a los diputados que en su inmensa mayoría apoyaron la política de Díaz Ordaz. Pidieron, en cambio, dialogar públicamente con el presidente y muy pronto atacaron abiertamente los mitos del sistema político establecido y exigieron cambios radicales.

A escasos 15 días del 26 de julio circulaban ya los primeros análisis sobre "el carácter del movimiento estudiantil". El de Ciencias Políticas planteaba la imposibilidad de reformar al Estado, "que era reaccionario en toda la línea"; la inutilidad de la derogación del artículo 145 y la disolución del cuerpo de granaderos, y la necesidad de elevar el nivel de la lucha estudiantil para que adquiriera un "carácter de lucha de clases". El documento de los comités de Filosofía y Economía señalaba el carácter revolucionario de las luchas democráticas y pedía elevar paulatinamente las demandas de la simple protesta y la libertad de los estudiantes a los intereses de las mayorías y la libertad de todos. Criticando el sectarismo, decía que los alcances del movimiento sólo podían ser determinados por la dinámica de éste.

Pero el más indicativo es un documento del Comité de Lucha de la Facultad de Filosofía y Letras, aprobado el 23 de agosto. Su importancia está en que tuvo una influencia decisiva en la respuesta del Comité Nacional de Huelga al informe de presidente del 1 de septiembre. En él se afirma que el

movimiento tiene una bandera y objetivos muy precisos: la lucha contra la opresión política y la defensa del derecho a la participación democrática de todos los sectores de la población. "Nuestro movimiento -dice el escrito- no es una algarada estudiantil más; esto deben comprenderlo muy bien las viejas generaciones cuyas mentes se obstinan en querer ajustar las nuevas realidades a los viejos esquemas obsoletos de su revolución mexicana', de su 'régimen constitucional', de su 'sistema de garantías' y otros conceptos vacíos, engañosos, de contenido opuesto a lo que expresan y destinados a mantener y perfeccionar la enajenación colectiva de México, a la hipocresía social y la mentira que caracterizan al régimen imperante... Nuestra lucha es por una sociedad nueva, libre y justa, en la cual se pueda pensar, trabajar, crear, sin humillaciones, sobresaltos, angustias y mediatizaciones de toda especie". Y termina con el lema: "somos una revolución. Esta es nuestra bandera".

¿Manifiesto estridente de un pequeño grupo vanguardista o expresión fiel de los sentimientos de la mayoría? Todo indica que un mes después de iniciado el movimiento, decenas de miles de estudiantes compartían su indignación y su radicalismo. En todo caso, así lo sintieron los miembros del CNH que redactaron la "Respuesta", puesto que copiaron de él frases enteras. Además, en las marchas, la figura del Che eclipsaba a todas las demás, y la que le seguía era la del tío Ho. Zapata era bien considerado, pero no era tan frecuente, porque "había sido ya apropiado por la burguesía", y cuando el CNH dio la orden de que, en respuesta de la acusación de extranjerismo, se portaran también efigies de Carranza (por lo de la Constitución), fue difícil encontrar quién las cargara. Lo que los estudiantes leían no eran las obras de Locke, Rousseau o Isaiah Berlin sino las del Che, Lenin y Marcuse. Y su solidaridad iba dirigida más hacia Cuba y Vietnam (Los Pobres de la Tierra) que hacia los estudiantes de Berlín o de París.

El escenario principal de la radicalización fue la práctica cotidiana en la cual miles de brigadistas y "comités de defensa" tomaban y ejecutaban decisiones audaces.

Lo que perseguía la mayoría estudiantil no era una revolución socialista o de liberación nacional, en el sentido que se daba a esas palabras en aquel entonces, y los programas tradicionales de los grupos marxistas-leninistas no prendieron en el movimiento. En su excelente libro México, una Democracia Utópica, Sergio Zermeño relata cómo en el Comité Nacional de Huelga, organismo eminentemente democrático y representativo, los sectores de la izquierda tradicional fueron rápidamente rebasados por "estudiantes que cobraban conciencia de su capacidad de dirección en los primeros días de las movilizaciones, y muchos de ellos fueron los representantes del 'gran sector radical joven' que durante un tiempo fue el predominante".

Lo de 1968 fue, sobre todo, una revolución antiautoritaria, democrática, libertaria, muy moderna, llena de presagios que la izquierda sólo supo leer parcialmente. Su radicalismo estaba en la acción y sus lemas hubieran bien podido ser Liberté, Egalité, Fraternité.